

bertad, debe necesariamente adoptar todas las consecuencias que se le pueden seguir de aquel primer paso. Los Jesuitas son ciudadanos ingleses, y por este título que llevan con orgullo les es permitido enseñar á la juventud, derramar á torrentes la luz de su fe, y guiar

descubrimientos enteramente inesperados. La naturaleza misma de la polémica entablada por los Puseistas les obligó á poner de manifiesto ciertas doctrinas y actos cuya santidad no podían negar, bien que esos actos y doctrinas perteneciesen exclusivamente á la Iglesia romana. En sus espíritus reflexivos y apasionados por la verdad, dieron por resultado semejantes descubrimientos, templar su amargura y modificar sus ideas. Los primeros discípulos del Puseísmo, como acontece siempre, malavenidos con la fórmula original, empezaban ya á llevar mas léjos sus investigaciones: se les habia encargado el estudio de la antigüedad, y jóvenes y sinceros se habian dedicado á él concienzudamente. La famosa cuestion de *A Roma potest aliquid boni esse?* les habia sido propuesta, por lo que se lanzaron en alas de su fogosa imaginación en busca de razones mas concluyentes que las que habian dado hasta entonces en las cátedras los antiguos universitarios, fundados en su impotente lógica; dando por resultado sus investigaciones y profundos estudios conducir al Catolicismo á los doctores Sibthorp, Grant, Seager y muchos otros. Pusey y Newman buscaban tambien la verdad en el mismo centro del Anglicanismo con un ardor enteramente juvenil, dando cada dia grandes pasos en favor de la fe católica, apostólica, romana. En 1843 reconocia ya Pusey el dogma de la transustanciación tal como lo proclama la Iglesia; y en un sermón que hizo ante la universidad de Oxford en la catedral del Cristo, léjos de ocultarla, desenvolvió públicamente esta idea. Su discurso era una revolución, y por esto se le censuró el fondo y la forma. Fulminóse la interdicción universitaria contra el animoso orador; pero su discurso, impreso bajo el título de *La santa Eucaristía, confortación del penitente*, obtuvo tal publicidad que se vendieron en pocos dias trescientos mil ejemplares. Durante este tiempo renunciaba el Dr. Newman el curato de Santa María de Oxford para poder entregarse mas libremente al estudio y á la práctica de la vida ascética: hasta llegó á retractarse de los asertos que desde 1833 á 1837 podia haber aventurado contra la Iglesia católica; hé aqui lo que en su vista dijo el *Statesman*, periódico protestante de Londres: «Esto es un acontecimiento grave en la crisis de que somos testigos.» El año 1843, Newman y un gran número de sus amigos acabaron de completar la gravedad de aquel acontecimiento, entrando en el seno de la unidad.

Arrastrados los Puseistas, á su pesar, por la evidencia hácia la fe romana, pretendían no obstante que nunca irían á parar al Romanismo, aunque abrazaban ya de hecho una gran parte de sus dogmas y hasta de sus prácticas, y de que volvían espontáneamente un gran número de sus discípulos al Catolicismo. Desde el mes de abril de 1841 se habia suspendido la publicación de los *Tracts*; pero no por ello faltaban á este partido los medios de propagación, partido que era ya dominante en muchas universidades ó seminarios, y que iba cada dia extendiéndose por América y hasta en las mismas Indias. El *British critic* continuaba su obra trimestral, si bien renunciando insensiblemente á sus ataques contra Roma, y haciendo pesar sus sábias hostilidades sobre los reformadores

á los hombres por la senda que cada cual tiene el privilegio de trazarse. Así fue que los herejes de la Gran Bretaña, al igual de los de Alemania y Francia, se mostraron mas tolerantes con respecto al Catolicismo, su natural enemigo, de lo que lo fueron los hombres nacidos en el seno de la Iglesia romana que aspiraban á matarla con

del siglo XVI. Á pesar de ser anglicanos todos los redactores de esta revista, no podían menos de juzgar en su alta razón con implacable equidad á todos los hombres que secundaron á Lutero, Calvino y Enrique VIII en su separación de la Santa Sede.

Esta escuela, cuya actitud pacíficamente progresiva destruía hasta en sus cimientos al Anglicanismo, no tenía mas norte que la verdad: ejercía por otra parte una grande influencia á causa de la extensión de sus relaciones y de su literatura, por lo que formó en poco tiempo un gran número de prosélitos, no obstante de ser manifiestos los fines que se proponía, y los medios que para obtenerlos empleaba. Á los hombres instruidos les consagraba algunos tratados de erudición originales ó reimpresos; á los lectores ordinarios les dedicaba escritos mas sencillos; á los pobres y á los operarios, hechos y disertaciones que estuviesen á su alcance; y finalmente á los niños, cuentos familiares que pudiesen halagar su imaginación. Si bien no habia en todo esto un pensamiento idéntico ni un sistema regular, se reconocía en ello un fin que manifestaba evidentemente el imperio que ejercían las nuevas doctrinas propagadas por el Puseísmo en las creencias inglesas. Tenía sus prosélitos en el Parlamento, en la magistratura; y sobre todo eran muy numerosos sus partidarios en la clase media. Trató de ponerse bajo el pié de igualdad fraternal con los católicos del continente; algunas veces presentó el Puseísmo á la Iglesia universal dividida en tres ramas, á saber, griega, romana y anglicana; luego se meció en la esperanza de que existía una comunión invisible sancionada por el Espíritu Santo.

¡Extraña condición! á aquella benevolencia para los católicos del continente, se unía en algunos puseistas cierta antipatía para con los católicos ingleses. Tampoco podían ver los Puseistas sin dolor que entrasen sus hermanos en el regazo de la unidad; cuando el Dr. Newman y sus principales discípulos dieron en 1843 este último paso, ni aun el mismo Pusey pudo abstenerse de manifestar públicamente su disgusto. Cualquiera creeria que esta nueva escuela habia abrigado la esperanza de que un dia seria seguida por los fieles de los Tres Reinos; hasta se dice que mas de una vez han sido hechas por los Puseistas ciertas insinuaciones en este sentido. Los Católicos, sin embargo, permanecieron inmutables; al contrario muchos puseistas, atraídos por la verdad, no tardaron en renunciar á las soñadas teorías que antes les cautivaran. Buscaban la verdad en todo; la Iglesia romana se la ofreció, y la aceptaron. Por lo demás, se encuentra hoy dia esta escuela en una posición tan falsa, que debe retroceder ó avanzar, si no quiere morir irremisiblemente. El sistema de exámen ha minado el Anglicanismo, y no quiere, sin embargo, refugiarse en el Catolicismo, al cual han prestado á la vez buenos y malos servicios las tendencias de esta escuela. Empezó la misión del Puseísmo por estudios serios; debe continuar con la ciencia y terminar con la fe.

su escéptica indiferencia, ó á lo menos maniatarla con sus constituciones, de las que se hacian los solos intérpretes y los únicos moderadores.

Nunca la Irlanda se habia visto colocada en situacion tan ventajosa como la Inglaterra católica; por esto los Jesuitas se asociaron á su triste destino, solo por las injustas persecuciones de que fue constante objeto. La Irlanda, país al que la energía de su fe habia dado el privilegio del sufrimiento, era un vivo testimonio de la iniquidad protestante y de la longanimidad cristiana. Desde los primeros dias de su fundacion, la Orden de Jesús habia tenido para la Irlanda consoladores y apóstoles que no habian cesado de protegerla siempre en todas sus desgracias; por esto cuando se vió amenazada la existencia del Instituto, los irlandeses, cuya proscripcion continuaba aun, lloraron amargamente la desgracia de los Padres que les habian sostenido durante aquella prueba de tres siglos. Solo pudieron los Jesuitas practicar en aquel país un bien sin rumor ni ostentacion, sin ninguna de esas ventajas sociales de que les cree el mundo tan preocupados; y sin embargo de que no siempre coronó el éxito sus esfuerzos, y de que ninguna ventaja material podian reportarles sus sacrificios, nunca quisieron abandonar aquel desgraciado suelo en el que todo parecia condenado á la desesperacion. Despues que el breve *Domínus ac Redemptor* hubo anonadado la Compañía de Jesús, no por ello se desalentaron los hijos de Loyola, antes por el contrario, á ejemplo del rebaño, permanecieron unidos á pesar de haberles abandonado su pastor. Licenciaba Roma su mejor milicia la víspera misma del día en que iba la Santa Sede á verse atacada por todos los puntos á la vez; con todo los Jesuitas obedecieron el breve pontificio, sin abandonar por esto la posicion que les habia sido confiada.

Eran todos ellos pobres como un irlandés; pero como procedia su pobreza del puro manantial de la caridad, no les afligia en lo mas mínimo: pusieron en comun su indigencia, y dedicándose sin tregua al cultivo del campo que Dios confió á su celo, aguardaron dias mas serenos. El P. Ricardo Callaghan, antiguo misionero de las islas Filipinas, que llevaba en sus manos y lengua las huellas del martirio sufrido por la fe, era el que dirigia á los Jesuitas secularizados. Imposible les habia sido fundar en Irlanda un colegio para recibir á los jóvenes que á no tardar esperaban agregar á su Orden, al salir de sus ruinas; pero el colegio de Stonyhurst dilató su seno

para recibirles en él. Otros pasaron á Palermo, donde terminaron sus estudios. En 1807 murió el P. Ricardo Callaghan, que contaba un gran número de años, aunque era mucho mayor el número de sus buenas obras; cuatro años mas tarde, ó sea en 1811, rompió la muerte del P. Tomás Betagh el último lazo que unia en Irlanda á los nuevos escolásticos con la antigua Compañía. Betagh, cuyo nombre es todavía muy popular en Dublin y en todo el país de Irlanda, habia encontrado en su corazon la elocuencia que excita tan vivamente los instintos de aquel pueblo. Sucedióle el P. Kenney en el mes de noviembre: bajo su direccion continuaron los Jesuitas su obra, con aquella paciencia que nada puede alterar ni vencer, como si el Soberano Pontífice hubiese devuelto ya la vida á su Instituto.

No se ocultaban á los Jesuitas los inconvenientes de aquella educacion cosmopolita que no podia arraigar en el corazon de la juventud el bello sentimiento del amor á la patria; pero tambien era innegable el derecho que tenia la Irlanda de ver educar sus hijos en la tierra proscrita, á fin de que educados estos desde su edad temprana en la escuela de la desgracia, pudiesen despues reclamar con mayor fuerza su manumision, su libertad. Esta idea fue la que inspiró á Kenney el proyecto de fundar un colegio nacional, que levantó en Clongowes, cerca de Dublin. La restauracion del Instituto aumentó de tal modo la prosperidad de este colegio, que ya en 1819 contaba mas de doscientos cincuenta discípulos. No tardó en levantarse otro aquel mismo año, merced á la generosidad y beneficios de María O'Brien, en el distrito de King's-County. Necesario era levantar á los irlandeses de la postracion moral á que queria condenarles para siempre la política inglesa: un pueblo al cual la enérgica voz de Daniel O'Connell, discípulo de los Jesuitas, debia enseñar lo que es la libertad, no podia permanecer por mas tiempo en la ignorancia, debia empezarse por hacerle conocer sus deberes, y luego sus derechos: la Compañía de Jesús se encargó de lo primero, O'Connell cumplió lo demás.

Desde Enrique VIII hasta Cromwel, y de Cromwel hasta los reyes de la casa de Hannover, no se habia omitido medio alguno para degradar á los irlandeses y tenerles sumidos en una ignorancia calculada. Se habia abusado, á este fin, de su pasion por las bebidas espirituosas, é insensiblemente se les habia conducido á ese estado de estupor que convierte la vida en una especie de entorpecimiento

ó sueño que denigra al hombre hasta el punto de igualarle al bruto. Á fin de mejor acostumbrar á aquel pueblo siempre católico de corazon á la embriaguez y demás excesos que debian causar su ruina, tuvo el Gobierno la prevision de poner aquellas bacanales bajo la invocacion de algun Santo que fuese reverenciado en la isla. Con tal que conservasen los irlandeses el suficiente vigor corporal para cultivar las tierras, cuyos frutos estaban destinados á saciar el lujo y los placeres de la Inglaterra, ya no se les exigia otra cosa, porque nadie cuidaba ni de su bienestar, ni de su salud, ni de sus familias, ni de su existencia. Se les hacia operarios sin señalárseles jornal, ó soldados en las Indias sin esperanza de ascenso: tal era la conducta, ó mejor, el plan que se habia adoptado contra ellos, y la triste situacion que, á prolongarse, habria podido acarrear tristísimos resultados, cuando un cúmulo de circunstancias inauditas en la historia obligó al Gobierno británico á avergonzarse de su infernal obra, y á abandonar sus planes de desmoralizacion.

Los PP. Kenney, Esmund y Aylmer confesaban con toda la tristeza de su corazon aquella degradacion intelectual, si bien no se les ocultaba que tenian el remedio en sus manos; pero, como este remedio debia ministrarse pronto, era muy difícil que pudiese corregir desde luego abusos que estaban tan profundamente arraigados. Hasta entonces no habia tenido la Religion proscrita ni templos ni altares; así es que los irlandeses no conocian la solemne pompa de sus fiestas, ni habian podido formarse idea del efecto que producen en las masas aquellas procesiones en las que parece que se confunde Dios con los hombres para bendecir sus trabajos y tomar parte en todos sus quebrantos. Ni aun el título de católicos habian podido los irlandeses conservar libremente, puesto que no podian comunicarse con los antiguos Jesuitas ni con el Clero secular sin verse expuestos á inminentes peligros. Aprovecháronse los nuevos discípulos de la tolerancia que estableció una política mas prudente, para iniciar al pueblo irlandés en esos solemnes y triunfantes goces de la Iglesia. Celebróse la fiesta del Corpus en Clongowes el año 1822 en medio de un gentío inmenso: el culto exterior despertó en las almas ideas de fe, é hizo indispensable una reforma interior. Diferentes iglesias fueron desde luego construidas, se abrieron misiones, se crearon asociaciones religiosas; en una palabra, los hijos de los mártires encontraron desde luego en la piedad y la educacion el vigor necesario para llegar pacíficamente á su regeneracion social.

Numerosos fueron los trabajos y sacrificios que costó la realizacion de aquel proyecto laudable, debido únicamente á la constancia de los Jesuitas que supo triunfar de todos los obstáculos. Para que se vea cuán injustamente se les ha acusado de que nunca quieren tomar parte en las instituciones que no son fundadas ó dirigidas por algunos de sus Padres, véase lo que pasó en Irlanda. Mientras que en 1840 enseñaban á las masas por medio de misiones á celebrar la tercera fiesta secular de la fundacion de la Orden de Jesús, fue cuando popularizando la obra de otro, obtuvieron para sí el mas brillante resultado. Dos años hacia que el capuchino Teobaldo Mathew acababa de fundar su Sociedad de Templanza: los Jesuitas, que comprendieron desde luego la inmensa utilidad que podia reportar la Irlanda de que renunciaran sus hijos á las bebidas espirituosas, se convirtieron en los mas ardientes propagadores del pensamiento cristiano del R. Mathew; y merced á sus cuidados, se extendió aquella Sociedad con una rapidez inconcebible. Era la Sociedad de Templanza un auxiliar poderoso para llevar mas fácilmente á cabo la mision que se habian impuesto los Padres, mas no por ello desistieron del objeto que se habian propuesto seguir.

Su número y su ascendiente habian aumentado ya tanto en 1829, que eran considerados como el brazo derecho de los Obispos, y los vivos modelos propuestos al Clero por los Prelados. El General de la Compañía juzgó entonces oportuno separar la Irlanda de Inglaterra, nombrando al efecto un provincial para dirigir á los Jesuitas de aquel primer punto. Recayó la eleccion en Roberto Saint-Leger, dando en breve aquella segregacion opimos resultados. Fundóse en 1841 un colegio en Dublin bajo los auspicios de san Francisco Javier, sin que se alarmara la Inglaterra por aquel rápido acrecentamiento de influencia católica. Aterrado estaba el Anglicanismo por el regreso á la unidad de un gran número de espíritus rectos que habian demostrado con el auxilio del estudio en los Tres Reinos el vacío de sus creencias oficiales. Un trabajo lento, aunque siempre fructífero, se despertaba entre la sociedad británica; nadie ignoraba que eran los Jesuitas los que tomaban en el mayor parte, aunque circunscribiéndose en los límites de la ley. El poder solo vió en ello una de las consecuencias de la libertad, dando el saludable ejemplo de respetar el derecho que él mismo proclamara.

Por una rara coincidencia, ó mejor, por un notable cambio en las ideas, lograron los Jesuitas perpetuarse en los paises separados



de la comunión romana : así es que les hemos visto en Rusia y en la Gran Bretaña conservar elementos de reconstitución y unir lo por venir á lo pasado. El mismo fenómeno se notó en Holanda. Lo propio que la Inglaterra, hizo la república de las Provincias Unidas una guerra cruel á esta Orden religiosa, cuya acción sobre el pueblo era tan manifiesta ; pero apenas se vió extinguida, cesaron los insultos y los antiguos odios, y hasta pareció borrarse el recuerdo de la primitiva desconfianza que se abrigaba respecto á la Compañía de Jesús. Comprendieron los Protestantes que no eran ellos á quienes correspondía perseguir á sus enemigos momentáneamente vencidos : dejaron este cuidado á las cortes católicas y á los escritores que aspiraban á destruir todos los cultos.

Esta situación inesperada permitió á los sacerdotes de la Compañía, diseminados en Holanda, continuar la obra á la que con tanta constancia se habían dedicado : su jefe les colocó de centinelas avanzadas en medio del campo enemigo, y como no se pensó en relevárseles, permanecían en su punto bajo la dirección del P. Thomassen, venerable anciano de la propia Orden. Adan Beckers fué á Amsterdam para ayudarle en los trabajos del apostolado. Tan pronto como fue posible unirse con nuevos votos á la Compañía, se presentaron Beckers, Enrique Groenen, Luyten y Verbek para juntarse nuevamente á ella. El mismo ejemplo siguieron los Jesuitas de Nimega y Culemburgo ; en este último punto cedió el P. Huberti una rica herencia que le tocó para mejorar la misión. Supo el P. Arnoldo Luyten desarrollar tan provechosamente aquel germen, y el inter-nuncio apostólico Chiamberlani secundó de tal modo sus proyectos, que ya en 1818 pudo fundarse en la ciudad un pequeño seminario. Quiso el Papa Leon XII hacer recobrar á los Jesuitas todos los mismos puntos que ocupaban antes de su supresión ; así es que también volvieron á entrar en La Haya.

Por aquel mismo tiempo los Padres de la Fe, cuyo origen hemos tenido ya ocasión de indicar, vivían en Bélgica desde principios del presente siglo, siendo el más ardiente de sus votos el poder verse un día incorporados al Instituto de san Ignacio. Los grandes acontecimientos militares de 1814 iban á terminar una gravísima cuestión en la que había estado seriamente comprometido el interés general de Europa : la caída del Imperio de Napoleón era segura. Los Padres de la Fe dirigidos por Bruson y Leblanc acudieron á Fonteyne, superior á la sazón de los Jesuitas de Holanda ; y fueron admitidos

en la Compañía, con la condición empero de que debían someterse á un noviciado. En medio del trastorno general que agitaba todos los reinos, se hallaba la Sociedad de Jesús, como muchos reyes, sin más apoyo que sus esperanzas. Felizmente el príncipe Mauricio de Broglie, obispo de Gante, no dejó por mucho tiempo á la Compañía en tan cruel incertidumbre.

Este Prelado, cuyo nombre fue tan célebre en aquella época, era á la vez un fino cortesano y un orador, un hombre de Dios y un hombre de mundo, siempre pronto á socorrer el infortunio, á hacer cualquier acto de valor, y dispuesto á dar á los demás un noble ejemplo. Teníale Napoleón mucho afecto, ya por su nacimiento y virtudes, ya por su piedad y festivo genio. Por su parte Mauricio Broglie se mostró lleno de gratitud y de entusiasmo por el Emperador ; pero en el momento en que Bonaparte, cegado por su ambición ó por su cólera, se declaró perseguidor del Soberano Pontífice, la conciencia del Obispo de Gante triunfó de todos sus sentimientos humanos. Ni en el concilio de París, ni en la torre de Vincennes, ni en la isla de Santa Margarita, nunca retrocedió el príncipe de Broglie ante el cumplimiento del menor de sus deberes. Apenas acababa de salir de su prisión, cuando reclamaron los Jesuitas su apoyo, el cual les fue prontamente otorgado. Abrióseles la diócesis de Gante á su primera demanda, y desde aquel día reinó entre el Prelado y los discípulos de san Ignacio una de aquellas alianzas formadas por la virtud, y que son por lo mismo eternas, como eterno es el principio en que descansan. Como se había resuelto formar un noviciado, procuró la marquesa de Rhodes los fondos necesarios para la construcción de este primer establecimiento ; el conde de Thiennes ofreció su castillo de Rumbek á la Sociedad, y empezaron los ejercicios desde luego. Pocos meses habían transcurrido desde estos acontecimientos, cuando se vió la Bélgica teatro de un general y decisivo combate. La Europa aguardaba á Napoleón en Waterloo : sus ejércitos se acercaban á Courtray y á Roulers. Como no era el tumulto de los campos de batalla lo que más convenía al recogimiento exigido á los novicios, retiróse con ellos el P. Fonteyne á una casa de campo cerca de Distelberg, que le ofreció Mr. Gobert. Se sucedieron los acontecimientos con tal rapidez, que solo habían quedado en Bélgica á los pocos días algunos restos de ejército y un nuevo trono.

Guillermo Federico de Nassau, hijo del último Estatuder de Ho-

landa, era el que debía ser encumbrado á aquel nuevo trono. Este Príncipe, cuyas cualidades y defectos serán severamente juzgados por la historia á causa del abuso que hizo de unas y otros, vivió por mucho tiempo en Inglaterra en la oscuridad del destierro. Arrojado por la revolucion francesa de sus Estados hereditarios, llamado por los vencedores de esta revolucion á reinar sobre dos pueblos, cuyas costumbres y cultos no tenían entre sí ningun punto de similitud, Guillermo no supo conservar el fiel de la balanza entre sus afecciones y sus deberes. Era rey legítimo en virtud de los tratados, y se hizo revolucionario por ambicion. La Francia de los Borbones arrojaba de su seno á los jueces y verdugos de Luis XVI, y proscribía igualmente á algunos oscuros agitadores de los Cien dias que habian derribado hasta el mismo trono de Guillermo; al paso que este recibia en su propio palacio á los regicidas y conspiradores. Hasta llegó á soñar en la corona de san Luis para su hijo por medio de un complot; procuró en un país eminentemente católico destruir la fe, y hacer por todos los medios posibles al Clero odioso al pueblo, de lo que resultaron graves diferencias entre los belgas fieles, la Iglesia romana y el nuevo Monarca. Cada cual interpretaba á su modo los derechos conquistados, las promesas hechas y las leyes aceptadas. Aquella lucha entablada en medio de las fiestas de una entronizacion debia necesariamente inducir á Guillermo á una enmienda.

Aconsejado por los fanáticos del Protestantismo, ó embriagado por los elogios interesados con que le colmaban los enemigos de todo culto, retrocedió el Rey de los Países Bajos ante las obligaciones que le imponia su corona. Debia contentar á dos naciones rivales reunidas por la casualidad bajo un mismo cetro; los holandeses, sobre todo, se obstinaban en no querer ser belgas. Durante los primeros dias de su reinado, ó sea desde 1814 á 1815, habia proclamado Federico la libertad y destruido grandes monopolios; pronto, no obstante, destruyó con una mano lo que acababa de levantar con la otra.

Vivian los Jesuitas sin tomar ninguna parte en los debates religiosos y políticos sobre la interpretacion de la ley fundamental, cuando de repente mandó Guillermo en 3 de enero de 1816 á los Padres de Distelberg que se disolvieran inmediatamente. Á semejante orden contestaron los Jesuitas: «Basta una sola palabra del Obispo para hacernos dispersar; pero interin el Prelado no pronuncie es-

«la palabra, únicamente la fuerza armada podrá expulsar á los pápíficos habitantes de esta casa.» El P. Vanderbiest, que despues de la muerte de Fonteyne habia sido nombrado superior, comunicó al abate Lesurre, vicario general de Gante, la respuesta que acababa de hacer: Mauricio de Broglie, ausente á la sazón, contestó que era deber de un capitan el no abandonar á sus fieles soldados; que nunca permitiria que quedasen los Jesuitas expuestos á los tiros de sus enemigos, y que seria por lo tanto preciso derribarle á él antes de alcanzarles á ellos. Luego añadía: «Quiero que se les abran de par en par las puertas de mi palacio, á fin de que puedan albergarse en él, todo el mayor número posible.»

No satisfecho aun el Prelado con esta declaracion, se presentó á Distelberg para animar á los Jesuitas y hacerles persistir en su designio. Al saber Guillermo esta resistencia, teme que no perjudique sus ulteriores planes, por lo que determina vencerla á toda costa. Á este fin dispone que salgan inmediatamente tropas con direccion al noviciado; pero los Jesuitas lo abandonan á su aproximacion, dirigiéndose al palacio episcopal que les recibió en su seno. Aquella primera señal de oposicion atrajo sobre la cabeza del príncipe de Broglie toda la cólera de Guillermo. El Obispo de Gante que, desde el mes de octubre de 1814, previó aquellas dificultades, las habia sometido ya al Congreso de Viena: en 28 de julio de 1815 acudian todos los demás Diocesanos al Rey en queja sobre algunas medidas adoptadas por su Gobierno. Mauricio de Broglie dirigió en 2 de agosto á su rebaño una instruccion pastoral¹: en cada línea de este documento notable se revelaban el valor y la necesidad de prevenir los males de que se veia amenazada la Iglesia belga. Luego levantaba en él su voz augusta contra la nueva Constitucion, por considerarla el Prelado inadmisibile en un país católico, y acababa por protestar contra ella. Los Obispos habian dicho que aquel pacto legislativo era «de mal agüero para el porvenir, y esto era cabalmente lo que Mauricio de Broglie demostraba. Los extranjeros, que habian logrado captarse la voluntad de Guillermo de Nassau, supieron tambien sin dificultad irritarle contra aquel Prelado faccioso y todos sus demás colegas en el episcopado, á pesar de haberle felicitado el pontifice Pio VII por su ardiente celo. Decretóse el arresto preventivo del Obispo de Gante; pero no pudo llevarse á efe-

¹ *Historia del reino de los Países Bajos*, por Mr. de Gerlache, primer presidente del tribunal de Casacion, t. I, pág. 315.

